



DON JOSE MARIA MORELOS.

El Cura de Nocupétaro es considerado como la figura más grande que produjo la revolución de Independencia, y se le han prodigado grandes elogios por sus dotes militares, su ciencia de gobierno, y, sobre todo, por las gloriosas campañas que llevó a caba y que más de una vez hicieron creer al Gobierno español que había llegado el fin de su dominación en Nueva España. En efecto, Don José María Morelos es una gran figura de nuestra historia, y si en lugar de vestir la sotana de los sacerdotes hubiese ceñido espada y adquirido algunas nociones del arte militar, que adivinaba, hubiera sido acaso el hombre que realizara la Independencia de México y lo inscribiera en el catálogo de los pueblos libres; la fatalidad lo dispuso de otro modo y le deparó el cadalso de Ecatepec, que sí acabó con su vida, en cambio le abrió las puertas de la inmortalidad y le atrajo la admiración de todos los mexicanos sin distinción de opiniones ni de generaciones.

Don José María Morelos y Pavón nació en Valladolid el 30 de Septiembre de 1765, en una casa contigua á la puerta del costado de San Agustín. Sus padres, Don Manuel Morelos y Doña Juana Pavón, eran originarios de Sindurio, ranchería cercana á la ciudad, donde aún hoy hay varias familias Morelos, y estaban establecidos en Valladolid en una casa de la cuadra que sigue de la capilla del Prendimiento, calle del Feo, hoy 4a. de Aldama; estando Doña Jua-

na en los últimos días de su embarazo, fué á hacer alguna compra al tendajón que estaba situado donde hoy se ve la botica del Dr. Silva, cuando sintió los primeros dolores del alumbramiento, y los dueños del tendajón la hicieron pasar al interior de la casa, donde dió á luz un niño que recibió los nombres de José María Tecló y que fué bautizado el 4 de Octubre siguiente. Su padre, Don Manuel, era carpintero, y dejó á sus dos hijos é hija de muy pequeña edad; Doña Juana era hija de un maestro de escuela, y al quedar viuda se encontró bastante necesitada, por lo que apenas terminó su hijo José María las primeras letras, lo dedicó á trabajar.

Don Felipe Morelos, hermano de Don Manuel, que se encargó del chico, lo dedicó al oficio de vaquero, y cuando ya tuvo más edad hizo que siguiera la arriería, oficio muy socorrido entonces, con una recua de la propiedad el mismo Don Felipe. Con ella, el futuro caudillo recorrió los caminos, conoció toda la provincia de Michoacán y parte de la de México, y aun hizo varios viajes entre México y Acapulco, conduciendo artículos de los que traía ó llevaba la Nao de China; en uno de ellos compró una gramática de Nebrija y el joven, que era afecto al estudio, se dedicó á aprender el latín y probablemente algunas otras materias. Siempre que volvía de algunos de sus viajes, llevaba á la que le había dado el ser el producto de su trabajo y algún pequeño regalo como muestra de cariño. Las economías que pudo hacer en varios años de incesante labor, le permitieron formar un pequeño capital, con el que logró dejar la arriería y dedicarse á los estudios, para los que sentía afición, ingresando al Colegio de San Nicolás, fundado por el primer Obispo Don Vasco de Quiroga.

Ultimamente se ha dicho que Morelos estuvo en España, donde sirvió de artillero en el ejército real, y aun se ha exhibido un documento perteneciente á las biznietas del héroe, en el que él habla de este episodio, pero parece que se trata de una carta apócrifa escrita por algún hábil pendo-lista para causar sensación, pues nada hay

que autorice semejante versión; Morelos en su causa hubiera hecho alguna referencia á ese servicio en España, y algún otro autor también habría dicho algo, ó se hubiera encontrado siquiera una alusión en tanto como se ha escrito del caudillo suriano. Así, pues, debe desecharse por completo la versión de su viaje á la península, que no tendría explicación alguna, siendo menos inverosímil todavía el que hubiese sido soldado ó hubiese estado en Filipinas, por la comunicación periódica que entonces había con el archipiélago, y por el gran número de mexicanos que iban á él en calidad de soldados, deportados, marineros y negociantes.

Morelos hizo rápidamente sus estudios y en 1799 se ordenó de Presbítero; durante su permanencia en San Nicolás conoció á Don Miguel Hidalgo, que era Rector del establecimiento, y aunque sobre este conocimiento se ha hablado mucho y se han hecho bastantes suposiciones, es lo cierto que apenas puede haber habido entre ellos las relaciones entre un superior muy ilustrado y un colegial aventajado, pero que no obstante, poco se distinguía de los demás. Entre los Profesores de Morelos se cuenta al Dr. Don Juan Salvador, ventajosamente conocido, y al Dr. Moreno, que después fué Canónigo de Oaxaca. Ya ordenado, el futuro General fué nombrado Cura Interino de Churumuco y la Huacana, hasta que obtuvo en propiedad, mediante oposición, lo que acredita su ciencia, el Curato de Nucupétaro y su agregado Carácuaro. Su carácter ordenado y su afición al ahorro, se confirma más al ver que en 1801 compró una casa en el callejón de Celio, que hoy se conoce con el nombre de "Casa Morelos;" en 1808, que falleció Doña Juana, él hizo los gastos del funeral y cedió á su hermana María Antonia la habitación y solar que constitufan la herencia materna, situados á orillas del río Chico; su hermano Don Nicolás Morelos también hizo la misma cesión.

En su Curato de Nucupétaro permaneció varios años entregado á su ministerio, y cuando la Colonia se conmovió con la in-

vasión de España por Napoleón, él, como tantos criollos, pensó en la Independencia. Ignórase cómo, pero el hecho es que entró nuevamente en relaciones con Hidalgo, y que ambos empezaron á trabajar en pro de la idea que tenían, y que para ponerla en planta se carteaban frecuentemente; lo probable es que esa inteligencia haya empezado desde fines de 1808 ó principios de 1809, que fué cuando se empezó á conspirar formalmente en pro de la Independencia, y que Morelos estuviese en inteligencias con los conspiradores de Querétaro; una carta que se ha publicado lo da á entender así: está subscripta por Hidalgo y fechada en Dolores el 4 de Septiembre de 1810, y dice entre otras cosas: "Tuve noticias del Centro;" ese centro era Querétaro é Hidalgo no hubiera hablado de él si Morelos no hubiera estado en antecedentes; "se me dice que el 29 del venidero Octubre es el día señalado para la celebración del gran jubileo que tanto ansiamos todos los americanos. Como aún puse en duda tan buena nueva, emprendí viaje á Querétaro, y el señor Corregidor me confirmó la noticia lleno de gusto, así como Doña Josefa." Ahora que ya se sabe lo que con estas frases se quería decir, queda perfectamente comprensible que el centro era Querétaro, el jubileo, el grito de independencia, y que quien parecía tener el principal papel en la conspiración era Don Miguel Domínguez.

"Por lo tanto, sigue diciendo la carta, y según lo que hablamos en nuestra entrevista de fines de Julio, me apresuro á noticiárselo y espero que usted procurará, por su parte, que en dicho día 29 de Octubre, se celebre con toda pompa y con el objeto que simultáneamente sea en todo el Anáhuac, tenga berificativo, y que con tiempo vea á sus más devotos feligreses, á fin de que tomen parte.—Yo procuraré tener á usted al tanto de todo lo que ocurra, y mi Notario Don Tivurcio está encargado de recibir noticias y contestar en caso urgente.—Don Ignacio lo saluda á usted, lo mismo que el licenciado, y tienen idea de que usted hade sobresalir en esta funsión y desean llegue el día señalado que le repito,

“29 de Octubre.” El P. Mariano Matamoros estuvo á verme y también se fué entusiasmado y á disponerse para esa gran función. —Por hoy no le digo más y creo que pronto nos veremos.” Si este documento es auténtico, como todo autoriza á creerlo, se verá cuán equivocados están los que creen que la conspiración estaba muy restringida y tenía pocos afiliados; desde Querétaro y San Luis hasta Jantetelco y acaso aun más allá había partidarios que trabajaban por la causa y que pretendían lanzar simultáneamente el grito para que el Gobierno español no pudiese acudir á diferentes puntos á la vez.

Es casi seguro que Morelos, tan ordenado y tan previsor, ya tenía para esa fecha del cuatro de Julio armas y municiones y que en su biblioteca de cura de aldea, al lado del Oficio parvo y de los libros de su ministerio, figuraban obras de táctica y de estrategia que supo aprovechar tan bien, dadas las dotes que para la milicia tenía. Cuando á su noticia llegó el grito de Dolores, quedaría admirado, no del movimiento, sino de la modificación que los planes del centro habían sufrido, y para cerciorarse de la verdad y obrar en consecuencia sin precipitarse, emprendió el viaje que terminó en Charo, donde se encontró con su antiguo maestro. Al ver aquel ejército tan numeroso y que parecía brotado de la tierra, pues pocos días tenía de formado, no dudó en que el “jubileo” daría resultado, pero acaso creyéndose incapaz (porque era humilde todavía) de formar otro igual y de realizar *hazañas como las que ya había hecho Hidalgo*, solicitó de éste, al decir de varios historiadores, la plaza de Capellán del ejército insurgente. El Generalísimo, que por la carta que hemos visto tenía formada buena idea de su discípulo, en lugar de concederle lo que pedía, lo nombró su Lugarteniente en el Sur, y verbalmente le dió algunas instrucciones.

El mismo día de la entrevista salió Morelos de Charo para dar principio á la epopeya que lo ha hecho célebre. Llegado á su Curato armó veinticinco hombres con lanzas y escopetas, que ya tenía preparados,

y se dirigió á la costa de Zacatula, atravesando en Churumuco el río de las Balsas, que desde ese día y casi para siempre, señaló el límite del dominio español. La rapidez con que se hizo del armamento que había en Zacatula y con que se atrajo al Capitán Marcos Martínez, hacen creer que estaba en inteligencia con éste; en Petatlán aumentó su ejército y armamento, ocupó á Tecpan, de donde huyeron los realistas, ocupó á Coyuca y se situó en el Veladero con más de tres mil hombres; todo esto lo realizó en menos de un mes, contado desde el día de la entrevista de Charo. El 13 de Noviembre recibieron sus tropas el bautismo de fuego y quedaron vencedoras; los Galeana se habían unido á su ejército y el nombre del nuevo caudillo insurgente, valiente y afortunado, llegaba á oídos del Virrey, que se apresuró á combatirlo.

Páris, con tropas de Oaxaca, llegó al Sur y empezó á obtener algunos triunfos, pero pronto fueron compensados con las derrotas que empezó á sufrir, siendo la primera la que le causó Martínez en el Paso Real de la Sábana. Frente á Acapulco fué cuando Morelos se puso al frente de sus tropas para combatir, pero no era entonces cuando había de apoderarse del castillo. La revolución cundió como reguero de pólvora por la extensísima cuenca del Mexcala, y el Gobierno virreynal empezó á recibir con más frecuencia las noticias de la derrota de sus tropas que las de sus triunfos. Morelos, que sentía ya pequeño el terreno donde operaba, subió la áspera Sierra Madre y se dirigió á Chilpancingo, consiguiendo apoderarse de este lugar y atraer á su partido á la influyente familia de los Bravo, que tantos servicios prestaron á la Independencia; en Chichihualco los soldados de Galeana, sorprendidos en el baño, pelearon desnudos y derrotaron á los realistas. Tixtla y Chilapa siguieron la suerte de Chilpancingo, y en nueve meses de campaña Morelos era dueño efectivo de todo el Sur, no tenía ningún enemigo á su espalda, contaba con un ejército regularmente armado y compuesto en su mayor parte de infantería, á diferencia de los que se levantaban

en Guanajuato y Jalisco, y se encontraba rodeado del inmenso prestigio que da una serie no interrumpida de éxitos: llano y casi sin obstáculos se le ofrecían los caminos de Oaxaca y de Puebla, y aun el de México, que fué el que escogió.

Pero antes de emprender esta segunda campaña se ocupó en organizar sus conquistas; en la provincia de Tecpan, que correspondía casi íntegra al actual Estado de Guerrero, estableció administración eclesiástica y de justicia, organizó el sistema rentístico, acuñó moneda, estableció maestranzas, y atendió hasta con nimia escrupulosidad á todos los ramos administrativos, que son del resorte de un gobierno bien constituido. Aun en medio de las rudas faenas de la guerra, ó aquejándole enfermedades molestas, atendía á todo, despachaba su correspondencia y resolvía arduos negocios, sin que se sepa que tuviera un Secretario particular dedicado á facilitarle el trabajo de escritorio.

Después de algunos meses empleados en organizar, como hemos dicho, su dominios, y de ver aumentadas sus fuerzas con hombres de valer como Ayala, Trujano, Guerrero y otros, salió á campaña por el rumbo del Oriente, invadiendo la provincia de Puebla; tomó á Chiautla, defendida por Muisitu, entró á Izúcar mientras sus Tenientes se dirigían á Oaxaca y Taxco, derrotó á Micheo quitándole su artillería, y amenazó á Puebla, que indefectiblemente hubiera caído en manos de los insurgentes. Pero no entraba en los planes de Morelos ocupar esa ciudad, que le hubiera dado inmensos recursos, y retrocedió al Poniente, ocupando á Cuautla y haciendo que la insurrección prendiese por los valles de Amilpas y Cuenavaca y llegase hasta los picos de la elevada cordillera de Ajusco, desde donde se divisa la ciudad de México; las avanzadas insurgentes salvaron el puerto de Nepantla y llegando al valle de México se presentaron en Chálco, á ocho leguas nada más de la capital del Virreynato. El año de 1811 terminó dejando á Morelos dueño de una inmensa extensión de las provincias de Michoacán, México, Oaxaca y Puebla, con

sus flancos y espalda perfectamente cuidados y al frente de un ejército veterano, siempre victorioso y bien organizado, mandado por esos hombres tan notables que se llamaban Bravos, Galeanas, Guerrero, Matamoros, Trujano, Ayala, etc. Tenía en jaque las capitales de México y Puebla y amenazaba cortar el comercio de la capital con Veracruz.

El Virrey Venegas estaba verdaderamente espantado, y no encontrando cómo oponerse á los avances del caudillo insurgente, optó por abandonar las provincias del interior y formar un respetable Cuerpo de ejército con las tropas de Calleja y las de Puebla á las órdenes de Llano para tentar un último esfuerzo. El 12 de Febrero de 1812 salió el ejército de aquel General, en tanto que éste recibía orden de moverse sobre Izúcar, donde sufrió un fuerte descalabro; Morelos, sea porque quisiera experimentar todos los usos empleados en la guerra, sea porque no creyese que sus tropas, á pesar de su organización, estuviesen en aptitud de medirse con las de Calleja, determinó esperarlo dentro del recinto de Cuautla, pueblo que no es un punto militar y que fué fortificado provisionalmente. El 19 atacó el realista creyendo repetir la hazaña de Zitácuaro, en la que en un asalto fué tomada una plaza fortificada; pero sus columnas se vieron rechazadas y se vió obligado á formalizar el sitio. En él quedaron marchitados los laureles que el jefe español había conquistado en Aculco, Calderón, Guanajuato, Zitácuaro y otros puntos; tuvo que sitiár durante setenta y tantos días el pueblo, que gastar gruesas sumas, que perder mucha gente, y al fin se vió en el trance de que su enemigo se le escapase, pues rompió el sitio el dos de Mayo y regresó á las márgenes del Mexcala, donde era invencible. Esa brillante defensa de Cuautla ha hecho glorioso para siempre el nombre de Morelos, y realmente es el mejor timbre que puede ostentar el caudillo suriano, pues la más exigente crítica pericial, sólo encontraría insignificantes deficiencias que también cometería el General más instruido y experimentado. Al Gobier-

no español le costó ese sitio cerca de un millón de pesos y muchos centenares de hombres.

A la salida de Cuautla, Morelos se dirigió á Chiautla burlando las esperanzas de los Comandantes realistas, que lo esperaban en la costa, y desde allí procuró reparar los fracasos que sus Tenientes habían sufrido mientras él sostenía el sitio: reunió un nuevo ejército, envió á Galeana al Sur y tan bien supo manejarse, que un mes después de su salida de Cuautla, éste ya había recobrado Chilapa, con lo que el Gobierno español, que daba por definitivamente hundido á Morelos, tuvo una desagradable sorpresa y comprendió que tenía necesidad de empezar de nuevo. Trujano, sitiado en Huaquápam, se defendía valientemente hacia tres meses, y lleno de fe esperaba el auxilio que Morelos le prometió y que le llegó llevado por aquel mismo, los realistas de Oaxaca quedaron derrotados (13 de Julio) y la entrada de esa ciudad estaba abierta para las huestes independientes; seguro de su presa, quiso limpiar de enemigos el frente, y al efecto ocupó á Tehuacán, posición estratégica entre los dos mares muy importante, se apoderó en las cercanías de Orizaba del gran convoy que conducía Labaqui, invadió por medio de Don Nicolás Bravo la provincia de Veracruz y ocupó el camino de ese puerto, apoderándose de Chalchicomula, Orizaba, las cumbres y Zongolica. Seguro ya de que dejaba al enemigo muy quebrantado, retrocedió á Tehuacán y de allí se dirigió á Oaxaca, á donde entró fácilmente, (25 de Noviembre).

En siete meses no sólo se había repuesto de los quebrantos que sufrió en Cuautla, sino que había realizado una campaña más importante que las anteriores, apoderándose de una rica y extensa provincia que le dió inmensos recursos y que colindaba con tierras ajenas á la jurisdicción del Virrey, se encontraba en disposición de interrumpir el comercio con la metrópoli y ocupar á Puebla, lo que le hubiera facilitado su entrada á México. Todos, realistas é independientes, esperaban este movimiento, y sólo lo aplazaban para cuando, siguiendo su sis-

tema previsor, hubiese organizado la administración de sus nuevas conquistas. Se dedicó á esa tarea con ahinco mientras resolvía la cuestión militar, que no era muy complicada, pero seguramente influyó en su ánimo la circunstancia de que su ejército sólo era á propósito para combatir en los climas cálidos, y que si subía á la Mesa Central podía encontrarse fuera de su centro y ser fácilmente derrotado. Lo cierto es que en lugar de seguir el camino de Puebla, que era el indicado y en el que pensaba, se dirigió á Acapulco y desde este momento cometió una serie de desaciertos que le costaron la pérdida de todas sus conquistas y al fin la de su libertad y su vida.

Los meses más á propósito para emprender una campaña los perdió Morelos en estrechar el sitio de Acapulco, de cuya fortaleza se apoderó en Agosto de 1813, y en seguida dedicó todos sus afanes á establecer el Congreso insurgente que al fin se instaló en Chilpancingo el 13 de Septiembre y á atacar la ciudad de Valladolid, para lo cual se puso en relaciones directas con Rayón y todos los jefes de Michoacán y Guanajuato. En tan largo período de tiempo, dió oportunidad al Virrey para que formase un ejército que nada más tenía por objeto acudir allí donde fuese Morelos, sin emprender, en el intervalo, ninguna operación seria sobre el Sur. De manera que, en cuanto se movió de Chilpancingo rumbo á Tlacotepec, el Virrey comprendió que el movimiento tenía por objeto Valladolid, y hacia aquella ciudad envió á Llano, á Iturbide y á otros jefes que con precisión matemática llegaron al lugar de su destino; la fatalidad se encargó de cegar á los insurgentes en el ataque de la ciudad, hasta el punto de que unos á otros se hacían fuego y quedaron derrotados por sí mismos viéndose obligados á retroceder hasta Puruarán; en aquél punto Morelos, obcecado, se empeñó en dar una batalla contra la opinión de sus generales, y de las más elementales reglas de la táctica y del sentido común, obteniendo el natural resultado de ver totalmente derrotado su ejército, perdido su prestigio y fusilado el más hábil de sus tenientes: Matamoros.

¡Triste tarea es la del historiador, que después de haber recreado su ánimo en referir las proezas admirables de un caudillo, se vea en la necesidad de dar cuenta de los errores cometidos por el génio en su ocaso!

Morelos, triste y desanimado, se retiró á Tlacotepec, renunció el mando del ejército y tuvo el dolor de ver invadido el país por él conquistado; sus tenientes fueron cayendo uno por uno como don Víctor Bravo, Galeana, Ayala, etc.; se dirigió á Acapulco creyendo que allí podría hacerse fuerte y no se resolvió en medio de su desgracia á dejar entregado á su suerte á ese Congreso que tanta participación había tenido en sus desastres, perdió Oaxaca y al fin se retiró con una pequeña escolta al campo de los cincuenta pares. Llevó su abnegación, él que había mandado á todos los insurgentes, hasta el grado de desempeñar las insignificantes comisiones que se le encomendaron, como la de la aprehensión de Cos. Para coronar su obra y dar hasta el fin muestras de obediencia y sumisión al fantasma de poder que él había formado, se encargó de escoltar al Congreso en su viaje á Tehuacán, resolución que le costó la libertad, pues en Tezmalaca cayó en poder de Matías Carranco, soldado del ejército de Concha (5 de Noviembre de 1815). Conducido á México, las jurisdicciones unidas le formaron causa.

No trató ni de disculparse ni de echar sobre otros las propias responsabilidades; sin arrogancia dijo la verdad hasta donde era necesaria para satisfacer á las preguntas que se le hacían, á nadie comprometió y en realidad hizo la historia de la revolución y la suya propia, desde el día que en Charo tuvo la entrevista con el Cura Hidalgo; para todos los cargos formulados encontró respuesta adecuada y sólo perdió algo de su serenidad en el momento de la degradación. Condenado á muerte, el Virrey por temor á un levantamiento, creyó prudente que la sentencia no fuese ejecutada en la capital, y al efecto, ordenó á Concha que lo condujese á San Cristóbal Ecatepec, lugar donde se efectuó el fusilamiento frente al edificio

construido por el Consulado para recibir á los virreyes. Morelos que se había preparado cristianamente para la muerte, no flaqueó ni un instante, se arrodilló por sí sólo y rezaba fervorosamente el Credo cuando recibió cuatro balas; hubo necesidad de otras cuatro para que el alma del caudillo saliese de su cuerpo. Provisionalmente fué enterrado en la parroquia del lugar.

Se ha glorificado á Morelos dando su nombre á Valladolid, ciudad donde nació, conocida ahora con el nombre de Morelia; designando una fracción del antiguo Estado de México donde se encuentra Cuautla, con el título de Estado de Morelos, y dando este mismo nombre á diversos distritos, poblaciones y municipalidades de varios Estados. En la Capital tiene una estatua que desde 1866, se la hizo erigir el Emperador Maximiliano, y en otras ciudades también se le han erigido monumentos, pues siendo uno de los pocos hombres verdaderamente notables que hemos tenido, se ha procurado glorificarlo de cuantas maneras ha sido posible. Tuvo varios hijos de los que el más conocido fué don Juan Nepomuceno Almonte, nacido de una señora de este apellido, el cual existía y subsiste en Michoacán; ningunos bienes de fortuna dejó, pues cuantos pasaron por sus manos los dedicó á la revolución.
